

La noche transparente

Pablo Bullejos

1. En la habitación (1ª Parte)

—¿Qué está haciendo?

—Se está mirando. En el espejo.

—Lleva mucho rato así.

—Sí, suele hacerlo todas las noches. Pasa el día solo y sin hablar con nadie. A veces, se va al cuarto de baño y se queda un par de horas mirándose.

—Es cierto que tiene cara de loco.

—Lo que pasa es que pone cara de loco. Le gustan sus ojeras.

—¿Crees que es problemático?

—Alguna vez se ha puesto a pegar a las paredes y a menudo habla solo. No ha hecho daño a nadie, pero ten en cuenta que hace más de cinco años que no ve la cara de otro humano.

—Eso es para mí estar loco.

—Si tú lo dices.

—¡Mira! ¿Por qué hace eso?

—Está borracho. Se bebe una botella cada día, a veces dos.

—Espero que no corramos ningún peligro estando aquí.

—No te preocupes. Él no puede vernos.

—Sí, siempre se me olvida.

Mis vigilantes siguen ahí de pie, junto al armario. Por lo que sé, el Viejo lleva vigilándome toda mi vida, aunque yo sólo lo empecé a ver hace cinco años, en mi habitación, cuando decidí no volver a salir. Hoy ha llamado a un aprendiz y los dos se han pasado horas hablando, analizándose. El nuevo está cagado de miedo. Pero el Viejo cree que no puedo verlos ni escucharlos.

—Han llamado a la puerta.

—Es extraño... No sé quién podrá ser. De todas formas, no abrirá. Les tiene miedo.

—¿Y cómo se alimenta?

—Le dejan la comida y la bebida en la puerta. Supongo que es su madre, pero nunca la he visto. Come muy poco. Mira lo delgado que está.

—Han vuelto a llamar.

—No abrirá.

—Pero parece que lo ha escuchado.

—Sí, pero no abrirá. Además, está demasiado borracho. No creo que pueda caminar hasta la puerta.

—...

—...

—Pues se está levantando.

—...

—...

—Va a abrir.

—¡Calla!

Han llamado a la puerta.

En los últimos años, sólo la he abierto para coger la comida y las botellas de vodka que me deja la gorda del cuarto. Ella también está sola, y me alimenta desde hace años. Trae una bandeja dos veces al día, a las 14:00 y a las 20:00, puntualmente. Se entretiene varios minutos delante de la puerta, esperando que yo salga y le de las gracias. Nunca lo he hecho. Sólo la he visto un par de veces, antes, cuando salía al mundo exterior. Sé que es ella porque me escribe cartas una vez a la semana, pero el Viejo cree que es mi madre.

Mi madre no sabe ni que estoy vivo.

En las cartas, la gorda me cuenta sus problemas, me dice que ella también está muy sola, que la gente como nosotros debemos ayudarnos. No deja de repetirme que podríamos ser buenos amigos, y que cuando quiera puedo ir a tomar un café a su casa. No sé si alguna vez saldré de aquí, pero puedo asegurar que no será para visitar a esa solterona amargada.

Vuelven a llamar a la puerta. ¿Quién será?

No quiero abrir.

Esos dos están ahí parlotando. Están tan seguros de que no abriré... La verdad es que debería hacerlo sólo por ver esas caras estiradas con un gesto de sorpresa.

No sé.

El Viejo empieza a sonreír. Tranquiliza al nuevo. Sabe que no soy capaz...

Pero esa sonrisilla ha herido mi orgullo... todavía tengo orgullo.

Me levanto. Fíjate en la cara del Viejo.

Abro la puerta.

—¿¿Quién es?!

—¡No lo sé. No puedo ver bien!

—¡Joder! ¡Decías que no abría nunca!

—¡Es la primera vez! ¡Cállate, que al menos pueda oír algo!

2. En la ciudad

Es una ciudad peligrosa para los niños. Los coches no paran por nada ni nadie, hay una banda callejera en cada distrito y lo que antes eran parques llenos de vida ahora son terrenos ruinosos donde sólo queda violencia. El único colegio aceptable, en las afueras de la ciudad, es para los ricos. La gente con dinero sólo entra en la ciudad en sus coches blindados para pasar el día en los rascacielos, trabajando en oficinas inaccesibles. Sus hijos nunca han visto la ciudad y viven felices en las urbanizaciones rodeadas de campos de golf y de piscinas.

Los niños que van a los dos colegios públicos, en la ciudad, no son niños. Desde muy pequeños, han aprendido a sobrevivir y se convierten en pequeños monstruos crueles y sin escrúpulos. Una de las bandas más peligrosas en la ciudad no tiene un solo miembro mayor de quince años.

Lena es una niña de siete años y está sentada en un banco roto y sucio. En el centro de la ciudad. A las diez y media de la noche.

Lena tiene el pelo rojo (no anaranjado, rojo como las cerezas) y los ojos verdes. No es precisamente una niña que pueda pasar desapercibida a esas horas y en ese sitio.

Después de un rato sentada, Lena se levanta pensativa. No sabe dónde tiene que ir. No es que esté perdida. Sabe más o menos dónde está. Pero está buscando la casa de alguien y no sabe cómo llegar. Por eso se ha sentado en el banco. Para esperar a que pase alguien y preguntarle.

Al final, decide caminar hacia un viejo quiosco de música rodeado de árboles. Hace mucho que ninguna orquesta toca allí, pero Lena cree oír por un momento una melodía lejana. El quiosco aún mantiene algunas bombillas medio gastadas y parpadeantes.

Alguien grita entre los árboles y en poco tiempo Lena deja de estar sola. Tres hombres la miran. Uno de ellos lleva una pistola. Lena les sonríe y se acerca a preguntar.

Dyana es profesora en el colegio “Saint Marie de la Mer”, fundado por un francés y una española hace doscientos años, cuando la ciudad aún era un pequeño pueblo junto al mar. Los pocos niños que por entonces corrían por los caminos adoraban a sus dos únicos maestros.

Hoy, el colegio es uno de los más conflictivos de todo el país, y es el más temido por los profesores. Los que obtienen las peores calificaciones, recién salidos de la Universidad, son enviados aquí para comenzar su carrera de educadores. Rechazar la “oferta” es perder la oportunidad de trabajar en la enseñanza, para el resto de tus días.

Dyana sabía desde hacía años que iba a acabar aquí. Era la peor estudiante de su promoción. De lo que no estaba segura es de sí, cuando llegara el momento, aceptaría trabajar en un sitio como ese o si se decantaría por el trabajo en el supermercado. Toda su familia había muerto hace tiempo. Con el dinero que recibió pudo terminar los estudios, pero sin un buen trabajo no tendría más remedio que buscar el mejor puente para vivir debajo. Dyana tenía novio, su único amigo y su única esperanza de mantenerse viva si rechazaba ser profesora. Pero pocos días antes de conocer el destino que le habían asignado, él la dejó porque no soportaba el continuo estado de melancolía que ella mostraba. No fue esa la única razón, ya que al día siguiente lo encontró en una cafetería, besando apasionadamente a un hombre con bigote.

El nombre del colegio era el esperado: el “Saint *Merde*” (nombre con el que es conocido por la mayoría). Durante cinco años tendría que intentar enseñar a niños de 6,7, y 8 años.

Dyana había comprado una pistola. Pensó que sería importante incluirla en el equipaje. La semana siguiente cogía un tren que la dejó delante de la puerta del colegio. No fue un acto de supervivencia, ni por supuesto una muestra de valor. Simplemente no tenía nada más que hacer con su vida.

“O mandarlo todo a la mierda... o meterme de lleno en ella”.

Dyana lleva en la ciudad dos años. Quedan tres para que pueda ser trasladada. Nada le importa, ni los estúpidos niños que tiene que soportar todos los días en el colegio, ni disparar a la entrepierna de un par de violadores cerca de su casa.

No habla casi nunca. En las aulas se limita a escribir en la pizarra algunos ejercicios, sin mirar a sus alumnos, y pasa el resto del tiempo mirando por la ventana. La puerta está cerrada con candado y no pueden escapar, así que los niños destrozan mesas y sillas a su alrededor. Con el tiempo se han cansado de que ella no les haga ningún caso, así que se entretienen sin molestarla demasiado. Al final del curso, aprueba a todos sin mirar siquiera los nombres.

Suele recorrer el mismo camino todos los días, de su casa al colegio y viceversa, agarrando la pistola que lleva en el bolso. Pasa las tardes viendo la televisión o maquillándose en el espejo. Sólo sonrió una vez, cuando se pintó la cara de rojo y los labios de azul. Lo hace por aburrimiento. No hay más razones.

Sale una vez al mes a la calle, a comprar en la tienda de unos peruanos que hay cerca de su casa. El primer sábado del mes. Por la mañana.

Hoy es sábado. Son las diez y media de la noche. Dyana ha salido. A dar un paseo. Vaga sin rumbo por las calles, con la mirada perdida. No lleva el bolso, sólo las llaves de su casa en un bolsillo. Tiene frío y por un momento, al ver a unos drogadictos que están traficando en una esquina, piensa en lanzarse a ellos para que le den un abrazo. Ellos no se han dado cuenta de que alguien los observa.

Cerca de allí se oye un disparo.

Nada sorprendente. Viene del quiosco de música del parque, un lugar peligroso. Dyana, con los ojos llenos de lágrimas (nunca ha llorado desde que vino a la ciudad), se dirige hacia allí, sin saber por qué lo hace. Se mueve como una autómata.

Lo que ve al llegar no tiene mucho sentido. Una niña con el pelo rojo está sentada formando un círculo con tres niños vestidos con ropas de adulto. En el centro, una pistola gira, como una ruleta. La pistola deja de dar vueltas y señala a un niño rubio. El niño, sin dudarlo, coge el arma y se levanta. Va corriendo hasta el lago, tropezando un par de veces con los inmensos pantalones, y la lanza con fuerza al agua. Los demás niños aplauden y la niña del pelo rojo le da al rubio un beso en la mejilla.

Dyana, escondida en un árbol, piensa que no pueden verla, pero la niña del pelo rojo la mira fijamente y la señala con un dedo, hablando con los demás niños. Dyana sabe que un parque lleno de niños callejeros no es exactamente el lugar más seguro del mundo. Pero hay algo en esos niños que no la asusta, así que se queda inmóvil.

La niña del pelo rojo se ha levantado y se acerca. Dyana no sabe a dónde mirar.

—Hola. Eres muy guapa. Yo soy Lena, ¿y tú?—La niña mira fijamente con sus inmensos ojos verdes a la mujer, que se ha ruborizado al recibir su único halago en tanto tiempo.

—Yo...me llamo Dyana.

—Ah... ¿Y por qué estás ahí escondida? ¿No quieres jugar?

—¿Jugar?

—Sí. Esos niños eran malos, y no eran niños, pero ya sí son niños. Tenían una pistola, pero las pistolas son un asco porque te hacen daño. Así que les he dicho que al que la tirara al agua le daría un beso. Y ahora quieren que juguemos...—De pronto, la expresión de Lena ha cambiado y por un instante parece algo preocupada.—Aunque es muy tarde y yo tengo que encontrar a un amigo que se ha perdido. ¿Puedes quedarte a jugar con ellos? Así yo podría irme a buscar a mi amigo.

Dyana no sabe qué decir. Está demasiado confusa con todo lo que la niña le cuenta. No está acostumbrada a escuchar a nadie, y especialmente a un niño. Pero la niña insiste.

—¡Oye! ¿Estás aquí o qué? ¿Por qué no me dices nada?

—Eh... sí. Estoy aquí. Es que es muy tarde... y no... no puedo quedarme.

—Pues vaya...

Lena parece triste. El niño rubio se acerca y le grita que quiere jugar y que los otros están esperando. Lena lo mira un momento, muy seria.

—Ahora voy. Esperadme.

El niño no tiene respuesta y se va en silencio. Lena se gira hacia la mujer.

—¿Conoces la ciudad?—le pregunta.

—Pues...no mucho. No salgo casi.

—¿Pero me puedes ayudar?

—¿A qué?

—¡Tengo que encontrar a un amigo, ya te lo he dicho! Hace mucho que no lo veo. La gente de aquí dice que está loco y no lo ven porque no sale nunca de su casa. Vive en un...á-ti-co, ¿sabes lo que es un á-ti-co?

Dyana se queda un momento en silencio. Recuerda que, al alquilar su apartamento, la portera le había hablado del vecino del ático, que llevaba años sin salir de su casa. No ha vuelto a saber nada más de ese tema. No es una persona social, así que no conoce prácticamente nada a sus vecinos. De hecho, se extraña de haberse acordado ahora del loco del ático.

—Creo que conozco a alguien así. Vive en el mismo edificio que yo.

Lena se ríe y salta de felicidad.

—Sabía que podías ayudarme. Muchas gracias...—La niña mira hacia el insólito grupo de chicos vestidos de adulto y vuelve a dirigirse a Dyana, sin dejar de mirarlos—
¿Eres rápida corriendo?

Dyana tiene bastantes kilos de más y no ha hecho deporte en su vida.

—No suelo correr.

—Pues creo que vas a tener que cambiar tus hábitos esta noche, porque esos parecen enfadados conmigo, y no creo que hagan distinciones contigo.

Dyana se siente como si estuviera drogada. No comprende prácticamente nada de lo que le está pasando. Acostumbrada a no abrir la boca, este diálogo es un esfuerzo que la confunde, y estar en la calle a esas horas también. Pero cuando mira hacia el grupo de niños y ve a tres hombres fuertes con cara de estar molestos, levantándose del suelo, sin rastro alguno de los críos, se dice para sí misma, con mucha seguridad y casi sonriente, que es solamente un sueño.

Pero, sueño o no, el pellizco que la niña del pelo rojo le ha dado en la pierna la ha despertado.

—¡Oye, mujer! ¡O corres o te quedas ahí sola!—Y acto seguido, Lena se va corriendo.

Los tres hombres, algo aturdidos, ya han visto a Dyana y uno de ellos (rubio y con un misterioso parecido con el niño rubio que había allí antes), saca una navaja del bolsillo.

Dyana recibe una descarga de electricidad en sus piernas y comienza a correr desesperada, siguiendo a la niña por las calles desiertas de la ciudad.

Muy lejos se oye la sirena de una ambulancia, un sonido viejo y estropeado, como la grabación de un disco antiguo reproducido en un gramófono.

El cielo está lleno de nubes.

3. En la tormenta

Se habrá ido la luz en cincuenta y seis edificios. Cada trueno podrá oírse con una frecuencia de menos de treinta segundos. Lloverá tanto que, en quince minutos, las alcantarillas ya no podrán tragar más agua, y las calles empezarán a inundarse.

En total, quedaremos sesenta para vigilar a toda la ciudad. Desde nuestros sitios, sujetos a las húmedas nubes algunos, escondidos en las esquinas los demás, les observaremos.

Normalmente no hará falta que pasemos mucho tiempo vigilando a uno solo, así que no cambiaremos de sitio cada día. Tan sólo unos pocos sujetos, los más peligrosos de cada ciudad, tendrán vigilancia permanente. Los centinelas elegidos para estos trabajos siempre se escogerán entre los más viejos, los que tengan más experiencia, y serán capaces de actuar en caso de que surja alguna complicación.

Los demás sujetos nunca darán problemas, y no será necesaria nuestra intervención. Por lo general, cumplirán nuestras expectativas y nos limitaremos a observar cualquier posible anomalía en ellos, en cuyo caso, con un sutil movimiento, volveremos a encauzarles.

Nadie sabrá de nuestra existencia. Ni siquiera esos niños. Aunque serán nuestros únicos enemigos, no sabrán contra qué estarán luchando. No nos molestarán sus ataques ocasionales. Una minoría tan ridícula no podrá hacernos daño, así que, aunque podemos enfrentarnos a ellos cuando pretendan el rescate de algún sujeto, jamás haremos un esfuerzo considerable por evitarlo. No deben descubrirnos. Si ellos ganan, les permitiremos con tranquilidad que se lo lleven, concentrando nuestros esfuerzos en los cientos de miles que nos quedarán, y en convertir a los millones que entrarán a ser vigilados cada año.

Así seremos, desde ahora, y para siempre. Invisibles.

4. En la puerta

Nada más abrir la puerta, siento que no debía haberlo hecho.

—Eh...buenas noches—Una mujer fea me habla mirando al suelo. Tras ella, una niña con el pelo rojo espera mirándome, analizándome. Siento un asco tan intenso que casi me desmayo. He pasado tanto tiempo sin mirar un rostro humano, que al ver a esas dos mi garganta se llena de bilis. No sé qué quieren de mí pero no me importa. Lo único por lo que he abierto la puerta es para molestar al maldito Viejo, pero ahora me encuentro delante de dos cosas amorfas y naranjas que quieren hablar conmigo. Intento cerrar dando un portazo, pero mi mano no responde correctamente y sólo rozo ligeramente el cuerpo de la mujer.

Eso ya es demasiado. El tacto y el calor de la piel me hacen desfallecer. Me giro lo más deprisa que puedo y vomito en el suelo, cerca de los pies del Viejo, que me mira asustado como un niño y abrazado a su joven amigo. Casi me dan ganas de reírme, pero solo puedo imaginar mi carcajada.

—¿Estás bien, Victor?

Miro de reojo y veo a la niña con una sonrisa dulce. Un mechón de pelo de un rojo incandescente cae sobre uno de sus ojos.

Entonces recuerdo.

Recuerdo las cerezas.

5. En el colegio

El pequeño había estornudado y la nariz se le había llenado de mocos. Podía ser por una nascente sensación de vergüenza, o por sentirse atrapado por una sustancia desconocida, o por quién sabe qué razón, pero el niño empezó a llorar.

La profesora se acercó corriendo y al ver su cara empezó a reír.

—¡Ay! Víctor... No llores. No pasa nada.

La mujer sacó un pañuelo sonriendo, limpió la cara del niño, y le dio un beso en la mejilla.

—¿Estás mejor?

Víctor no sabía aún hablar, pero miró a su profesora y soltó una sincera risita de felicidad.

—Así me gusta. Sigue jugando, pequeñín.

El tiempo, cuando eres un niño, es diferente. Después de varias peleas en la fortaleza de los dinosaurios y unos cuantos gruñidos de un monstruo con una gran cabeza de escarabajo, Víctor dejó sus muñecos. Olía a algo dulce. Víctor se levantó y empezó a buscar el origen del olor. Los otros niños corrían de un sitio a otro y gritaban y reían con sus juguetes. Un destello rojo brilló en el centro de la habitación. Sentada en el suelo, con una bolsa llena de cerezas, había una niña de unos siete años con el pelo rojo. La niña estaba concentrada masticando. Víctor se sentó a su lado. Ella lo miró sorprendida y alegre, metió la mano en su bolsa y le dio una cereza.

—No te preocupes, no tienen hueso.

Era la primera vez que Víctor veía esa fruta. Inundado de colores rojos, Víctor pensó que la niña le estaba ofreciendo su pelo. Pelo rojo como las cerezas. Durante toda su vida, las palabras “cereza” y “pelo” siguieron unidas en su memoria. Masticó con ilusión lo que él creía uno de los cabellos de la niña, y las gotas dulces de la cereza se disolvieron en su lengua.

—Yo soy Lena, ¿y tú?

Víctor no entendía aún las palabras. Vio como los labios de la niña del pelo de cerezas se movían y emitían sonidos.

Fue la última cosa que escuchó, antes de que el mundo se viniera abajo.

Los niños gritaron, una luz brillante estalló en el cielo y todo desapareció.

En los siguientes años, Víctor ya no era un niño. Aprendió a vivir en el mundo que le había tocado y olvidó a la niña del pelo rojo. Olvidó la luz, y la oscuridad que vino después. A la edad de cincuenta años decidió pasar el resto de su vida encerrado. No podía soportar más contacto humano, más dolor. La ciudad, desde aquel día, desde aquella luz, se había convertido en un lugar inhabitable. Y ya no podía escapar de ella.

6. En la habitación (2ª Parte)

- Se lo han llevado
—Ya lo sé.
—...
—...
—¿Y no vas a hacer nada?
—¡¿Qué quieres que haga?! ¡Ya conoces las reglas! ¡Se supone que esto no suele pasar! Si se llevan a uno, todavía quedan muchos más, ¿no?
—...Sí... supongo que sí...
—Pues eso.
—...
—...
—...
—¿Qué coño miras?
—¿Qué hacemos ahora? Ya no podemos seguir vigilando.
—Tendremos que volver. Y no nos van a despedir, nos asignarán a uno nuevo, así que no pongas esa cara.
—Ya, ya...
—...
—¿Y la niña?
—¿Qué pasa?
—¿Tampoco vamos a hacer nada con la niña? Se supone que son los malos, deberíamos enfrentarnos a ellos o algo, ¿no?
—¿Cuánto años llevas de servicio?
—Este es el primero.
—¡Pues escucha, capullo! ¡Yo ya tengo canas en mis cejas, pero creo recordar que en tu academia de novatos dicen muy claramente que si nos roban a uno no podemos dar la cara! Te recuerdo que nadie sabe que existimos, así que si una dulce niñita te quita a tu hombre, te lo tragas y te vas con el rabo entre las piernas, ¿entendido?
—Sí, sí, claro...
—Y ahora vamos a un restaurante. Llevo cinco años sin comer.
—Vale.
-

7. En la cama

Dyana vuelve a estar sola, como siempre. Lleva intentando dormir varias horas, pero le es imposible, y ya empieza a amanecer. No entiende nada de lo que ha pasado esa noche. Los domingos siempre son aburridos, y suele pasarlos oscilando del sofá a la cocina durante todo el día. Hoy es diferente. Está confusa y algo cansada, pero siente que es la primera vez en varios años que está despierta.

La niña del pelo rojo no le dio explicaciones. El loco del ático se había desmayado, así que la ayudó a arrastrarlo fuera de la habitación. La pequeña le dio las gracias y se quedó callada, con los ojos cerrados, al menos un minuto. De pronto, comenzaron a salir críos de todas partes, que cogieron al hombre y se lo llevaron. La niña no dijo nada más. Miró un instante a Dyana, con ojos tristes, y se fue con ellos.

Dyana no se movió. Aunque no podía comprender el por qué, al ver cómo la niña se alejaba, comenzó a llorar. Pasaron varios minutos, en completo silencio, de pie al final de un pasillo sucio y vacío, derramándose las lágrimas en las comisuras de sus labios.

Dyana se levanta de la cama. Es un esfuerzo enorme, porque todo se ha vuelto de pronto pesado. Incluso el aire parece estar compuesto de capas sólidas que hay que quebrantar para poder moverse. No tiene nada que hacer y no tiene fuerzas para pensar.

Pero se levanta.

El pequeño apartamento es una prisión en la que Dyana siente que se va a ahogar. No quiere seguir viviendo como vive. No quiere respirar.

Arrastrando los pies llega a la ventana y mira por ella. Por un instante, a su izquierda, una sombra la distrae, la figura de un hombre vestido con un traje gris. Pero en seguida descubre que no es más que la ropa del armario.

Abajo, en la calle, no hay nadie.

Es demasiado temprano, y es domingo en la ciudad.

8. En algún lugar, lejos y cerca...

—...¿dónde estoy?

—¡Ja! ¡He ganado! Te lo dije, todos dicen lo mismo.

—Ya...yo pensé que como era tan diferente...

—Eso es verdad... Lena, ¿por qué es tan viejo?

Me acababa de despertar. La niña del pelo rojo estaba sentada a mi lado, y las cabezas de unos diez niños formaban una rueda y me miraban con un gesto antipático. Lo siguiente que llamó mi atención fue la *inconsistencia* del lugar en que me encontraba. Todo era transparente. Los objetos, los paisajes y todo a mi alrededor parecía hecho de cristal. Al verme sostenido por un suelo invisible, perdí el equilibrio y sentí que me caía, una sensación parecida a caerse de la cama en mitad de un sueño. Los niños se reían de mí. La niña del pelo rojo, la niña del pelo de cerezas de mi viejo recuerdo, me estaba mirando con expresión preocupada.

—No sé por qué sigue siendo adulto, Tom. No lo entiendo.

—Pues si es viejo no se puede quedar, ya lo sabes.

—Sí, ya lo sé.

—¿Qué está pasando aquí?—dije yo, incorporándome lo mejor que pude.

—Esa es más o menos la segunda pregunta que hacen siempre—dijo el niño llamado Tom. El mocosito ya me empezaba a fastidiar, pero no pude improvisar una respuesta. La niña se dirigió a mí.

—Hola Victor. ¿Te acuerdas de mí?

—Creo que sí—le dije—pero no es posible que seas la misma persona que recuerdo.

Se me ocurrió una pregunta, pero fui lo suficientemente rápido para dirigirme a Tom.

—La siguiente pregunta que debo hacer es si estoy soñando, ¿no?—el niño me esquivó la mirada y sonrió ruborizándose. Bien. Ya le empezaba a dejar las cosas claras.

—Soy Lena, la misma niña que conociste cuando eras pequeño. Han pasado muchos años, pero sigo siendo yo. Tú sí has cambiado bastante.

—¿Y tú por qué no has crecido?

—Porque yo pertenezco a este lugar, y aquí no se puede crecer. Por eso somos todos niños. De hecho, tú los conoces a todos, ¿no?

Miré a los niños, y sus caras me resultaban familiares, pero no tenía ni idea de qué los conocía.

—Son tus compañeros de tu colegio. Son los únicos a los que he podido sacar de la ciudad.

Tardé un rato en volver a hablar. Los niños no dejaron de mirarme. Seguía sentado en un mundo translúcido, observando la puesta de un sol hecho de vidrio. Por supuesto, había cientos de dudas que resolver. Pero me sentía enfermo. Acostumbrado a mi oscura y solitaria habitación, aquel mundo brillante y lleno de niños sonrientes me daba náuseas. Hice una nueva pregunta, sin poder ocultar un gesto de rechazo.

—¿Por qué me habéis traído aquí?

La niña se puso seria, una mueca casi exagerada en un rostro de su edad.

—Pensé que no eras feliz.

—¿Y con qué derecho decides tú sobre mi tristeza?

—¿Es que no quieres estar aquí?—dijo la niña. Los demás pequeños estaban ya de pie, con los ojos muy abiertos y algunos parecían asustados.

—Mira mi cuerpo. Por lo que he oído antes, al venir a este lugar debería volver a ser un niño, ¿no es así? Pues esta barba y estas ojeras no se han ido. Creo que está claro que yo no quiero estar aquí.

—¿Pero por qué? La ciudad es un lugar terrible. Allí no puedes estar bien. Podemos conseguir que vuelvas a ser un niño. Algo habrá salido mal, pero lo podemos arreglar.

Empezaba a cansarme. Las únicas conversaciones que había mantenido en cinco años eran con mi espejo, y con la botella de vodka, y no eran muy extensas con ninguno de los dos. Pero, en cierta manera, podía comprender a la niña. Su ilusión y su esperanza eran actitudes que alguna vez yo había respetado. Y el recuerdo de las cerezas casi me había hecho llorar.

—No quiero ser un niño. Quiero volver a la ciudad.—dije con la máxima tranquilidad que pude.

Hubo un silencio general. Los niños no sabían a donde mirar. Lena, la niña del pelo rojo, seguía fijando sus ojos verdes en los míos. Vi como asomaban algunas lágrimas, y supe que ella respetaba mi decisión, aunque le resultaba imposible entenderla. El sol ya se había puesto, y empezaba a anochecer. En aquel lugar, hasta la noche era transparente. Las miles de estrellas, gotas de mercurio, llenaban un manto oscuro sin color, sin superficie...sin oscuridad. El paisaje infinito de la noche, indescriptible y único, no podré olvidarlo jamás.

Por un momento dudé. Quizá no era tan mala idea quedarse y vivir en aquel mundo una nueva infancia. La niña seguía mirándome. Pero entonces comenzó a desaparecer. También ella y los demás niños empezaban a volverse translúcidos, hasta que todas las imágenes se perdieron y sólo quedó en mi mente, como la otra vez, un destello rojo, del color de las cerezas.

Me encontraba de nuevo en mi habitación. Rodeado de suciedad, restos de mi propio vómito, ceniceros, papeles manchados, sábanas arrugadas y malolientes y comida podrida.

No pensaba arrepentirme.

La puerta estaba abierta. Tenía muchas cosas que hacer, así que me fui a la calle.

9. En las nubes, en las esquinas

—No se preocupen, eso pasa a veces. Está en nuestros planes. Pero espero que no vuelva a ocurrir.

—No, señor. A partir de ahora vigilaremos mejor a quien nos asigne.

—Volverán a estar juntos. Usted debe aprender. Y a usted no le vendrá mal algo de ayuda. Se está haciendo viejo.

—Sí, señor.

—Serán dos vigilantes para una única persona, así que están en ventaja con la mayoría de sus compañeros. Espero que hagan un buen trabajo.

—Lo haremos, señor. Muchas gracias, señor.

—Bien, pueden irse.

—...

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no se han ido ya?

—...señor, detrás de usted...

—Hola, ¿cómo va todo? Me llamo Victor. Esos dos ya me conocen. No sois invisibles para mí desde hace bastante tiempo. Supongo que os interesará saberlo.

—Pero...¿cómo...?

—No pienso dar más explicaciones. Aún tengo asuntos pendientes antes de que volvamos a vernos, así que debo irme. Pero os prometo que no tardaré. No voy a dejaros en paz a partir de ahora.

—...

—¡Ah! Y esto por todo lo que habéis hecho con este mundo... y por dejar que nos hagamos viejos.

—No creo que pudieran olvidar fácilmente aquella paliza.

—Según dicen, han estado un par de semanas bien jodidos.

—Sí. No me gustaría encontrarme con el tipo ese.

—Esto se nos está yendo de las manos. Parece que está empezando a convencer a otros para que se unan a él.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? ¿Seguiremos vigilando?

—No lo sé. Nadie tiene ni idea de qué nos va a pasar ahora...

Epílogo. En el tobogán de cristal

Había un poco de viento y las hojas de los árboles, pequeñas joyas diáfanas, se arrastraban y caían en el lago, desapareciendo.

Los niños jugaban en el parque, saltando, corriendo, con las manos llenas de muñecos, inventando historias sentados en el suelo. Una niña rubia cantaba una nana que su madre le había enseñado, hacía ya mucho tiempo, y dos pequeños la miraban ensimismados con las bocas abiertas.

Lena estaba sentada en el tobogán, y comía unas cerezas de su bolsa. A su lado había una niña algo mayor, no muy guapa y algo gordita. Sonreía enseñando todos los dientes. Parecía la niña más feliz del mundo.

—¡Eh, chicos!—dijo Lena—¡Venid! Quiero que conozcáis a la nueva niña.

Todos dejaron las cosas que estaban haciendo y se reunieron en torno al tobogán de cristal. Algunos cuchicheaban entre ellos, mirando de reojo a la nueva. Lena prosiguió su discurso.

—Sabéis que es muy difícil para los nuevos, así que quiero que os acordéis del día en que vosotros llegasteis aquí, y tratéis a ella como yo hice con vosotros.

—¡Sí!—gritaron todos como un coro.

—¿Cómo te llamas?—dijo un niño.

La niña nueva se puso de pie y, sin perder la sonrisa, se presentó.

—Me llamo Dyana, y estoy muy contenta de estar aquí.

—¡Hola Dyana!—gritó de nuevo el grupo de niños.

—¿Quieres una cereza?—dijo Lena.

El sol brilló, un reflejo cristalino, y el pelo rojo de la niña se iluminó.

El viento había dejado de soplar.

Los niños volvieron a sus juegos.